

Proceso electoral y partidos políticos en 1994

Ricardo Espinoza Toledo

El proceso electoral que concluyó con la calificación de la elección presidencial de 1994 presentó características paradójicas: asistimos a campañas presidenciales concurridas pero accidentadas; la lucha de partidos representó un considerable avance con respecto a las elecciones federales anteriores, pero se desarrolló en un marco de inequidad favorable al partido del gobierno (PRI); los partidos de oposición —PAN y PRD— enfrentaron obstáculos internos a las propias organizaciones y externos a ellas, que los incapacitaron para afinar una estrategia de conquista del poder, pero son organizaciones cuya implantación social los ha convertido en auténticos referentes políticos de casi el 50 por ciento de los ciudadanos; el PRI no estuvo exento de problemas, desde luego, aunque eso no lo incapacitó para desarrollar una campaña presidencial finalmente exitosa. Y todo ello durante el último año de un sexenio políticamente riesgoso que revivió el espectro de la violencia dentro y fuera de la élite política. No obstante, los partidos se han ido convirtiendo en instrumentos de regulación de la lucha electoral.

Las elecciones federales del 21 de agosto depararon algunas sorpresas, no únicamente con respecto a los resultados. Después de un larguísimo periodo en el que las campañas presidenciales discurrían sin ningún suceso que lamentar, el reciente proceso electoral mostró una nueva faceta: la eliminación física de hombres políticos. Eso, que ya se había dado con militantes perredistas, alcanzó a prominentes hombres del PRI. En este caso no se trató de militantes o de dirigentes medios, cuya desaparición a manos de sicarios es igualmente condenable. En esta ocasión las víctimas fueron el can-

didato del PRI a la presidencia de la república¹ y, posteriormente, el secretario general del CEN del mismo partido.² Los signos ominosos no impidieron la continuidad del proceso electoral.³

Las elecciones federales de agosto de 1994 dieron lugar a discusiones de naturaleza diversa. Hubo quienes descalificaban el proceso electoral en su conjunto, pero también había quienes las presentaban como las elecciones más democráticas. Para los primeros, el argumento fuerte es que se trataba de una operación de Estado, “un fraude de Estado”, para imponer a los candidatos “del sistema” por encima de la voluntad popular; de acuerdo con los segundos, tuvimos un proceso electoral “incuestionable” y un proceso transparente en todas sus facetas. Ambas posturas expresaban dos tendencias políticas muy arraigadas en nuestra cultura: aquella que se niega a reconocer avances en el proceso político en general y otra que se niega a aceptar deficiencias en nuestras prácticas políticas y vacíos en la legislación encargada de regular los procesos electorales.

En realidad, no todo fueron irregularidades, anomalías o actos ilegales, pero tampoco todo fue transparencia o equidad en las condiciones de la competencia. Más aún, los partidos —los tres en torno de los cuales construiremos nuestro análisis (PRI, PAN y PRD)—⁴ no han acabado de habituarse a la competencia de partidos. La lucha de partidos, en términos reales, con partidos fuertes, es algo sumamente reciente. Y el pluralismo político, como la democracia misma, es obra de la sociedad.⁵ Ese proceso, como puede suponerse, ha afectado la vida misma de los partidos.

¹ El 23 de marzo de 1994, en Tijuana, Baja California, fue asesinado Luis Donaldo Colosio Murrieta.

² El 28 de septiembre de 1994 fue victimado José Francisco Ruiz Massieu.

³ El crimen es el lado opuesto de la política. El crimen es la antipolítica. La actividad política busca resolver las diferencias (políticas) por medios pacíficos y legales; el crimen es la negación de la vida y con ello de toda racionalidad; la política debe ser un espacio abierto, público y colectivo, el crimen es algo cerrado, opaco, de algunos; la política, cuando es democrática, se funda en la participación de las mayorías, el crimen es una forma de inhibir toda participación. La violencia es condenable, porque los intentos por convertir a la política en una actividad criminal atentan no sólo contra las víctimas directas, no contra una u otra corriente, sino contra el basamento mismo de la actividad destinada a cobijar a la pluralidad política que existe en el país, escribió José Woldenberg, “Contra el crimen”, *La Jornada*, primero de octubre de 1994. La única forma de bloquear los intentos de descomponer la vida política y las formas de convivencia social es con acciones y condenas colectivas. Para fortuna de todos, la política pudo ser rescatada y situada en el lugar central que le corresponde.

⁴ Dejamos voluntariamente de lado al Partido del Trabajo (PT) por ser la primera ocasión que se presenta en un proceso electoral federal. Sin embargo, debe reconocerse el papel destacado de su candidata a la presidencia de la república, Cecilia Soto, el impacto de su campaña y la conversión del PT en un partido con representación en el Congreso.

⁵ Justamente, en México nos encontramos en ese trayecto, es decir, en el de la construc-

Todos los partidos se han enfrentado a dificultades internas en los últimos tiempos. El PAN sufrió la gran escisión de su historia con la salida del Foro Doctrinario; el PRI no pudo evitar las manifestaciones de descontento de parte de quienes no estuvieron de acuerdo con los métodos de selección de sus candidatos a puestos de elección popular, y el PRD padeció los estragos producidos por la presencia decisiva y el fuerte carisma de su líder fundador, Cuauhtémoc Cárdenas. En cualquier caso, los comicios de agosto atestiguaron la existencia de una ciudadanía dispuesta a defender sus derechos políticos, haciendo uso de uno fundamental: el voto.⁶ En las siguientes páginas haremos una breve evaluación de la situación política del último año del sexenio de Carlos Salinas de Gortari; enseguida referiremos el proceso electoral en general; posteriormente, analizaremos algunas de las dificultades enfrentadas por la oposición (PAN y PRD), antes de abordar aspectos de la estrategia electoral del PRI.

El año del desarreglo

Los cambios experimentados en la política nacional durante los doce últimos meses de la presidencia Salinas fueron sorprendentes. Las campañas de los distintos partidos políticos se desarrollaron en un periodo de fuerte convulsión. Temores y dudas sobre el presente y el futuro político de la nación se reforzaron entre la población, al tiempo que se mostraba mayor interés por la vida política. Un fin de milenio caracterizado por una exigencia de cambio en la forma de gobernar el país parecía ser la característica distintiva. Eso no comenzó en 1994 ni tampoco en 1988. Pero entre esas dos fechas se fueron detallando en México los rasgos de una sociedad dispuesta a hacer de la reforma política el eje ordenador, práctico y no sólo formal, de la estructura de representación y de gobierno.

Forzada por la nueva dinámica social, la era de la llamada reforma política —que aún no concluye— ha conllevado una serie de reformas a la Constitución y a sus leyes derivadas, en especial a la legislación electoral. Y no podía ser para menos. La emergencia de nuevas organizaciones sociales, los cambios en la correlación de las fuerzas políticas y la necesidad de nuevos mecanismos para pro-

ción de la pluralidad, o del pluralismo de partidos, al tiempo que se ha tratado de no poner en riesgo la estabilidad institucional.

⁶ La lista nominal de electores registró: 47 729 053 ciudadanos, de los cuales votaron: 35 545 831, es decir, el 77.73 %, de acuerdo con datos oficiales proporcionados por el Centro de Estadística y Documentación Electoral (CEDE), de la UAM-I.

cesar la diversidad de opiniones e intereses ha exigido, a su vez, un nuevo marco legal que le dé curso. Si se dejan de lado algunos lastres primitivos de la cultura política, se puede observar cómo la fisonomía jurídica y política del México de hoy no tiene nada que ver con la de hace apenas quince años. En ello el papel fundamental lo ha representado la diversa oferta partidaria, así como el desarrollo mismo de los partidos de oposición. El sistema electoral empezó, así, a cobrar su verdadera dimensión.

En 1988, el interés despertado por la presencia de Cuauhtémoc Cárdenas en las filas de la oposición en 1988, vino a confirmar una serie de cambios en la mentalidad de los mexicanos. No sólo era posible ser disidente del partido oficial sin poder ser condenado al ostracismo, sino también a Cárdenas le fue fácil convertirse en el polo unificador de tendencias políticas disímboles; hasta muy poco tiempo antes era inconcebible reunir, aunque fuera provisionalmente, a parmistas con socialistas, tanto como la posibilidad de hacer coexistir en una misma organización a expriistas con excomunistas. En breve tiempo, la concepción de la lucha política y la percepción del otro, del portador de una tradición diferente, se había transformado, no en su totalidad, desde luego, pero la cultura se enriquecía de elementos que daban cuenta de una nueva actitud de los grupos políticos. Otra de las novedades consistió en el voto de castigo infligido por importantes grupos sociales al partido del gobierno. Disentir empezaba a ser un derecho y una actitud política de los ciudadanos frente a las promesas incumplidas del gobierno.

Los éxitos percibidos de la gestión del presidente Salinas se habían traducido en una recuperación del lugar del partido oficial en ocasión de las elecciones intermedias de 1991. Ese reordenamiento del panorama político reforzó las certezas del equipo gobernante y reinstaló el predominio del PRI. Hasta los últimos meses de 1993 se pensaba en un desenlace económico y político realmente exitoso: un fin de sexenio como ya no se habían presentado en mucho tiempo. A ello contribuyó decisivamente la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá, y el efecto político formidable producido por el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Poco tiempo después las cosas tomaron otro curso. 1994 inició con muchas sorpresas; las mencionadas certezas no eran tales.⁷ Entre la percepción del gobierno y la realidad de algunas

⁷ Al respecto véase José A. Crespo, *Urnas de pandora. Partidos políticos y elecciones en el gobierno de Salinas*, México, Espasa/CIDE, 1995, pp. 197-214.

fuerzas sociales y políticas se había producido una delicada brecha: en lo económico, debido a la mayor concentración de la riqueza y, en lo político, a raíz de las reticencias gubernamentales para realizar la reforma democrática ofrecida desde la campaña presidencial.

Desde el primer día de 1994 asistimos a fenómenos diversos, inéditos unos, graves, los más. Luego de las conflictivas designaciones de los candidatos presidenciales, en particular del PAN y del PRI, el país entró en una espiral de violencia que cimbró a la sociedad entera. A partir de entonces se desataron una serie de sucesos preocupantes, como el alzamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, el asesinato del licenciado Luis Donaldo Colosio, candidato presidencial del PRI, secuestros y criminalidad incontrolables. En esa difícil circunstancia se fueron desarrollando las campañas de los candidatos a la presidencia de la república. La política —entendida como el medio civilizado para dirimir las diferencias— había sido suplantada por la fuerza de las armas y por la violencia. El fantasma de la inestabilidad rondaba por el aire. Los duros de todos colores empezaban a apropiarse de la escena. El país parecía a la deriva, hasta que la acción de diversos grupos y ciudadanos pacifistas y tolerantes ejerció una influencia decisiva para hacer de la solución política el mecanismo de reorganización de la relación entre gobierno y sociedad.

Desde la presidencia de la república se promovieron algunos cambios que fueron determinantes, principalmente en la integración del gabinete. La presencia y el prestigio de los nuevos funcionarios fundó en el diálogo y la negociación el método de la acción del gobierno en fin de mandato, lo que hizo posible avanzar en diversas líneas: en la búsqueda de la paz con dignidad en Chiapas, en el establecimiento de un Acuerdo por la paz, la democracia y la justicia (antecedente del Acuerdo por la civilidad, la concordia y la justicia en la democracia) y, entre otras cosas, en darle una nueva configuración al sistema electoral. La política, es decir, la lucha pacífica y legal por el poder, pasaba a ser, de nueva cuenta, el centro de las preocupaciones. La nueva conformación del Consejo General del IFE (conocido como ciudadanización) y sus delicadas tareas dieron origen a importantes debates.⁸ No sin traspiés, las campañas presidenciales recuperaron el terreno perdido, mientras la lucha de los partidos y sus conflictos internos volvían a llenar las

⁸ Cf. Jorge Carpizo, "La reforma federal electoral de 1994", en Jorge Alcocer (coordinador) *Elecciones, diálogo y reforma. México, 1994*, México, Nuevo horizonte editores/CEPNA, 1995.

primeras planas de los periódicos. En el marco de desconfianzas recíprocas entre los actores y entre algunos de ellos y los organismos electorales, el horizonte político pudo entonces resumirse en la búsqueda de condiciones para una batalla equitativa de partidos y de garantías para unos comicios creíbles y honestos.

Con la calificación de la elección presidencial concluyó esa etapa decisiva del proceso político mexicano. Decisiva porque indica que se ha ido instalando un modo civilizado —aunque todavía precario y accidentado— de resolver las diferencias políticas. Decisiva también porque, independientemente de la lucha por el poder, lo importante es que se intentó avanzar en el diálogo entre partidos y en las reglas electorales. Los ciudadanos, por su parte, ejercieron sus derechos en tanto tales, como respuesta al riesgo ominoso de la intolerancia y la violencia. No todo quedó resuelto, desde luego.

Las elecciones fueron cuestionadas, pero esta vez la descalificación no logró la efectividad ni el impacto de 1988. El único partido que en un principio puso en duda el proceso electoral en su conjunto fue el PRD, cuyo candidato presidencial sorprendió en 1988 gracias al alto margen de votos alcanzado; también sorprendió en 1994, pero esta vez debido a su fuerte rezago con respecto al PRI y al PAN. Al igual que en 1988 y 1991, los resultados electorales de 1994 fueron ubicados por buena parte de los perredistas como la materialización de un fraude. Las posiciones, no obstante, se fueron modificando hasta llegar a proponer “un diálogo nacional entre las fuerzas políticas” luego de las elecciones, en un intento de abrir los horizontes políticos. En esta posición coincidieron tanto el PAN como el PRI. “Plantear un diálogo plural” fue también uno de los compromisos del ya para entonces presidente electo y, según declaró, uno de sus propósitos sería promover una reforma política que incluyera una reforma electoral definitiva.⁹ De realizarse este objetivo, se entraría en un periodo de afirmación de una nueva era política que vería en los partidos el motor de la democratización, de la pluralidad y de la gobernabilidad.

⁹ El compromiso fue reiterado en la última etapa de campaña y aparece sistemáticamente presentado en el discurso de toma de protesta como presidente de la república, el primero de diciembre de 1994.

El proceso electoral

El proceso electoral que concluyó con la calificación de la elección presidencial dio lugar a una campaña presidencial concurrida y accidentada, pero desarrollada en condiciones de inequidad. Las campañas fueron desiguales, pues tanto el PRD como el PAN carecieron de los recursos de los cuales se benefició el PRI. Este problema está ligado a los llamados “topes a los gastos de campaña”, en dos sentidos: por un lado, debido a que en la práctica no existen verdaderos topes: 134 millones de nuevos pesos para una campaña presidencial escapa a cualquier intento de regulación. Pero aun cuando no fuera así, tampoco existe una instancia con facultades amplias para investigar y, en su caso, sancionar, a los candidatos que hayan obtenido el triunfo transgrediendo la ley. Por otro lado, tiene que ver con la falta de transparencia en el financiamiento de los partidos políticos y de la vida política en general. Es decir, se desconoce la procedencia de los recursos destinados a las campañas políticas, no por inexplicables, sino por no explicados.

La inequidad fue de algún modo combatida con las medidas tomadas por el Consejo General del Instituto Federal Electoral (CG). La nueva estructura del CG constituyó un paso muy importante para hacer de las elecciones un proceso más honesto y confiable. La ciudadanización del Consejo General no pudo acabar con todos los vicios arrastrados desde siempre, pero su actividad y sus resoluciones sentaron bases firmes para una futura buena reglamentación de las campañas políticas. Algunas de sus aportaciones consistieron en las resoluciones con vistas a garantizar ciertas obligaciones de programación y a asegurar que la información sobre campañas electorales sea veraz, objetiva, plural y equitativa. Los lineamientos para la información de las campañas políticas, acordadas el mes de febrero por los partidos, el IFE y la Cámara Nacional de la Industria de la Radio y la Televisión (Canirt), los acuerdos del 18 de junio que dejan el monitoreo de noticiarios de radio y televisión a la Comisión de Radiodifusión del IFE, el aumento del tiempo oficial de los partidos en radio y televisión, o la reglamentación según la cual se suspende la publicidad electoral o propaganda pagada de los partidos políticos en los medios de comunicación electrónicos diez días antes de los comicios y la de los sondeos y encuestas de opinión en los ocho días previos a la justa electoral, en conjunto, constituyen la base sobre la cual se podrá avanzar en la reglamentación de las campañas políticas. Sin embargo, las nuevas medidas no fueron

suficientes para acabar con la falta de pluralidad en los medios de comunicación electrónica, pues al no estar sujetos a ningún tipo de control han sido poco o casi nada plurales,¹⁰ y su verticalidad proviene tanto de las ausencias (vacíos) en la reglamentación como de los intereses políticos de sus propietarios.¹¹

Si bien la oposición tuvo una mejoría notable en términos de cobertura en los medios con respecto a los procesos electorales anteriores, cualitativamente fue insuficiente¹² y su manejo siguió siendo muy parcial, fundamento de la inequidad entre las candidaturas en concurrencia. El problema, sin embargo, no se reducía al entorno o a las condiciones de la competencia. Provenía también de las dificultades que afrontaban tanto el PAN como el PRD.

Las dificultades de la oposición

El PAN se encontraba en una encrucijada frente a sus dos adversarios principales; el PRD, por su parte, no fue capaz de establecer una acción coordinada entre el candidato presidencial y su partido.

El PAN en la encrucijada

El PAN desarrolló una campaña sostenida por el partido en el plano de la organización y una campaña personal en el de la explotación de la imagen del candidato, sobre todo a partir del debate del 12 de mayo de 1994.¹³

¹⁰ Al finalizar el proceso electoral, Diego Fernández de Cevallos señaló que la campaña se caracterizó por un moderno sistema de manipulación informativa, de deformación de la verdad, de falsificación de la información. En suma, dijo, "ha sido un proceso profundamente inequitativo y profundamente injusto", *La Jornada*, 22 de agosto de 1994. En otra ocasión sentenció: a través de Televisa, "el debate político produjo resultados en favor del candidato del PRI y en contra de la democracia, de la equidad y la justicia" *La Jornada*, 24 de agosto de 1994.

¹¹ Cuauhtémoc Cárdenas sostuvo que había sido equivocada la táctica de pensar que al Estado y su partido podría ganárseles en condiciones de desigualdad.

¹² Al respecto, véase Raúl Trejo Delarbre, "Medios y elecciones en 1994 el sufragio privilegiado", en Pérez Fernández del Castillo, Germán, Arturo Alvarado M. y Arturo Sánchez Gutiérrez (coords.), *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, FLACSO-Porrúa, 1995. El autor escribe (p. 63) "Respecto de los síndromes monopólicos en varios de los principales medios de comunicación de nuestro país, que mezclan intereses empresariales con el tráfico de influencias sobre todo en beneficio de un partido muy específico que se llama PRI, se ha invertido mucha tinta en los años recientes. Esa denuncia constante se tradujo, en el panorama electoral de 1994, en una nueva apertura y diversidad que si bien insuficientes, fueron constatables en los espacios de comunicación social".

¹³ Una síntesis complementaria puede encontrarse en Víctor Reynoso, "El PAN en 1993: los

En una fórmula legada a la ciencia política, Jean Charlot¹⁴ dice que un partido es una manera de pensar la política y de hacerla. Un partido, entonces, no es únicamente una estructura organizativa, una declaración de principios o un programa. Es eso, pero es mucho más que eso. En el sistema de partidos mexicano en desarrollo, el mejor ejemplo de esa definición está dada por el PAN. Mas allá de acuerdos o desacuerdos con sus acciones y declaraciones, el PAN —ideológicamente ubicado en el ala centroderecha del espectro político nacional— es un partido de oposición, un partido de gobierno y un partido armónico con el perfil de su entonces candidato presidencial, Diego Fernández de Cevallos.

Si la oposición se define con respecto al gobierno y a su partido, el PAN tiene la imagen de un movimiento político no sólo diferente sino opuesto al PRI y a sus gobiernos, busca conquistar el poder pero su concepción de la lucha política no se reduce al poder federal; nunca aceptó al Estado de la revolución ni su política reformista, pero se ha mantenido como interlocutor válido y activo en el ámbito del Estado; no es un movimiento promotor de una política de masas, pero centra su acción en el rescate de los individuos, sus valores y sus creencias (al menos como sus dirigentes las entienden). Conoce la Constitución general de la república, la utiliza como blanco de ataques cuando así se ajusta a sus postulados, o retoma de ella los aspectos que estima pertinente poner en el centro del debate, pero no la menosprecia, y puede recurrir al fantasma del fraude o a la movilización si considera violados sus intereses. En sus declaraciones dice combatir la corrupción política, “el autoritarismo priísta” y la “confusión entre gobierno, Estado y partido oficial”; se manifiesta contrario al Pronasol, a los pactos económicos (antes PECE) y, desde luego, al Procampo; se dice partidario de formas pacíficas y civilizadas de evolución social, su discurso se presenta políticamente abierto y su práctica partidista aparece como democrática. En fin, busca y ha logrado influir decisivamente tanto en el diseño de las

foristas se van, Castillo llega a la presidencia del partido y Diego es electo candidato a la presidencia de la república”, en Leonardo Valdés (coordinador), *Elecciones y partidos político en México*, 1993, Departamento de Sociología/CEDE, UAM-I, 1994 y del mismo autor, “Acción Nacional: la prueba de las urnas”, en *El Cotidiano*, núm. 65, noviembre, 1994.

¹⁴ Cf. “Partis politiques. Pour une nouvelle synthèse théorique”, en *Ideologies, partis politiques et groupes sociaux*, Etudes réunies par Yves Mény pour Georges Lavau, París, PFNSP, 1989. Véase además la muy sugerente obra de Angelo Panebianco, *Modelos de partido* Madrid, Alianza Universidad, 1982.

políticas públicas como en el programa de los gobiernos. Puede ser una oposición leal o beligerante y virulenta, pero sabe llegar a acuerdos con el gobierno que no van en menoscabo de su identidad partidaria. Todo lo contrario. Ha avanzado en su afirmación como partido de gobierno.

Es un partido de gobierno porque la alternancia de poderes en México se da en los municipios y, en una escala más significativa y definitoria, en los poderes de los estados de la federación. En esos dos niveles, el PAN ha escrito uno de los capítulos más memorables de su historia. Mas aún, de unos años para acá, se ha convertido en coiniciador de leyes y en coautor de las reformas a la Constitución; experimentado y con presencia indiscutible en los ámbitos del Estado y de la sociedad, y con una trayectoria electoral prácticamente ininterrumpida desde su fundación (1939), hoy es no sólo un partido conocedor de la legislación electoral; sabe también cómo se procesan las leyes, cómo se negocian y cómo se aplican.

En cuanto al programa, por fuera de la polémica de si es el PAN quien se aproximó al gobierno o el gobierno salinista quien adoptó la propuesta económica del PAN, los analistas políticos reconocen la presencia de este partido en las decisiones del gobierno presidido por Carlos Salinas. Según algunos comentaristas, eso no fue benéfico para Acción Nacional, pues la conversión de las demandas del PAN en principios de gobierno, se ha dicho, es un mecanismo para arrebatarle o hacerle perder una parte de su clientela, si no es que de su identidad. Sin embargo, este partido confirma su clientela electoral y la acrecienta sistemáticamente en cada elección. En descargo, los sondeos de opinión y, en especial, las encuestas particulares realizadas durante el proceso electoral, indican cada vez con mayor certeza cómo la adhesión de los ciudadanos a los partidos no se reduce exclusivamente al programa que aquellos sustentan. En el caso del PAN, particularmente, una forma de atraer nuevos miembros y de conservar los viejos se da a través de las "estructuras intermedias" (organizaciones de padres de familia o de grupos de católicos, etcétera) que operan como auténticos conectores entre la dirección del partido y sus militantes y como mecanismo de reclutamiento. Desde luego, siempre habrá grupos e individuos que transitarán de un partido a otro cuando así convenga a sus intereses. Pero aunque los ciudadanos (al igual que los partidos) empiezan a desarrollar una visión empresarial de la política —como se da en los países pluralistas— para importantes segmentos panistas y no panistas la oferta política del PAN busca cubrir el espacio reservado entre la imagen

antisistema del PRD y el carácter del PRI, de partido ómnibus identificado con el sistema de gobierno.

La designación de Diego Fernández de Cevallos como candidato presidencial del partido blanquiazul cobró coherencia en ese marco. Su conversión en candidato presidencial apareció como el resultado de las acciones de un político capaz de concertar con el gobierno sin transigir en aspectos considerados esenciales. Su éxito interno tuvo costos pero reveló la presencia de concepciones políticas disímboles: la salida del Foro Doctrinario y Democrático (los "foristas") así como la batalla interna en ocasión de la designación del candidato presidencial, dan cuenta de las divergencias y de la concurrencia de proyectos enfrentados y no siempre conciliables. El incuestionable triunfo de Fernández de Cevallos dentro de su partido, por su parte, no hizo sino confirmar el amplio consenso en torno de las formas políticas de actuar del nuevo candidato presidencial del PAN. Hombre de decisiones y de convicciones —se decía en su beneficio—, otra de sus características explotadas fue la de ser un político proclive a acciones concertadoras, comprometido con el diálogo y los acuerdos. Su personalidad es una de las más fieles expresiones de la modernidad de su partido. De esta manera, el PAN se presentó a la sociedad como un partido fiel a sus formas de concebir y de desarrollar la lucha política.

Ahora bien, una campaña presidencial es la arena de la lucha política por excelencia. El candidato del PAN buscó siempre desmarcarse tanto de las posiciones del candidato del PRI como del PRD. En el proceso, trató de definir y presentar a la sociedad los signos de su identidad. El primer debate de la historia de las campañas presidenciales (el 12 de mayo de 1994) fue muy importante para el candidato del PAN. De hecho, fue entonces cuando ganó una posición propia frente a su partido y al electorado. Pero al centrar su estrategia en debates que nunca llegarían, se alejó de una franja de la ciudadanía que creyó ver en Fernández de Cevallos el mejor destinatario de su voto.

La situación del PRD fue muy diferente. En este caso destacan las dificultades para definir una dirección coherente tanto como una estrategia de campaña adecuada a las circunstancias.¹⁵

¹⁵ En su columna periodística de *uno más uno*, Arnaldo Córdova siguió cercana y puntualmente las vicisitudes de la campaña perredista y de la vida interna de ese partido. Una de las pocas obras dedicada a la campaña del PRD es el libro de Adolfo Aguilar Zinser, *Vamos a ganar. La pugna de Cuauhtémoc Cárdenas por el poder*, México, Océano, 1995.

El PRD definió una campaña de fuerte confrontación en el plano de las ideas políticas, y personal en el terreno de su organización y su conducción. A continuación referiremos dos aspectos: la preeminencia del líder y las fallas en la estrategia de campaña.

a. La preeminencia del líder. El PRD es un partido joven, de creación muy reciente (1989). Su composición es diversa, pues a pesar de las dificultades que aún no ha podido superar, ahí han confluído y confluyen grupos e individuos formados en tradiciones políticas diferentes. Esa heterogeneidad fundadora se vio disminuida por la incapacidad del propio partido para generar, desde el principio, instancias de participación de las diversas tendencias que lo integran, pero también en razón de la táctica de lucha adoptada por su dirección nacional luego de la fundación del partido. La batalla frontal encabezada por su primer dirigente nacional, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, contra el recién electo presidente de la república, poco ayudó al desarrollo de la nueva organización y más bien parece haber metido al nuevo partido en una dinámica que lo situó a la sombra de su presidente nacional.

Pero no todo fue sumisión a la línea del gran líder. Cuadros políticos con destacada presencia nacional abandonaron el partido ante el imperio de las "sectas", algunos otros permanecieron en él pero utilizaron la prensa nacional como tribuna para expresar sus puntos de vista y dar la batalla interna, el *Éxodo por la democracia*, encabezado por el tabasqueño Andrés Manuel López Obrador, tuvo un éxito no festejado por la dirección nacional del partido y, por citar otro ejemplo, la interesante campaña política desarrollada por Cristóbal Arias, candidato del PRD a la gubernatura de Michoacán en 1991, fue promovida y apoyada por un grupo de simpatizantes del candidato a gobernador y no precisamene por la dirección nacional del partido. Dicho de otra forma, desde su fundación, el PRD dio la imagen de una organización en conflicto y, en ocasiones, desarticulada. Lo cierto es que se trata de un proyecto inacabado o, según otros puntos de vista, desvirtuado. En cualquiera de los dos casos, no obstante, es una organización necesaria para expresar y representar a una parte importante de las opiniones de grupos e individuos deseosos de modificar la lógica del poder político desde una perspectiva que muchos califican de centro-izquierda. Es por eso que el PRD, como el PAN y el PRI en sus respectivas trayectorias, está

llamado a jugar una función política necesaria para la salud de la república.

La lucha por la conquista del poder presidencial lo hizo alinear-se al lado de su candidato presidencial, pero la táctica unitaria del ingeniero Cárdenas, benéfica para el candidato, no se tradujo en beneficio para el partido en construcción. Antes de ser designado candidato oficial del PRD, el ingeniero Cárdenas renunció a la dirección de su partido. Quedó entonces habilitado para presidir la Asociación Democrática Nacional (ADN) y devenir candidato del PRD.¹⁶ Hasta donde se puede ver, bajo las huellas de la experiencia de 1988, el candidato se propuso unificar a fuerzas disímolas bajo su égida y aparecer, así, como candidato común. Ello, como puede suponerse, tuvo ciertas condiciones paradójicas para el PRD: frente a posibles aliados no perredistas, el ingeniero Cárdenas se presentaba como un candidato sin partido; para ser aceptado por las otras fuerzas, su programa no podía ser el del PRD; para lograr unificar a fuerzas disímolas, la tarea de negociar acuerdos le correspondía sólo a él: el programa, por tanto, no podía ser otro que el del propio candidato. Ése era un deslinde necesario para lograr mayor cobertura personal. El candidato no sólo se desmarcaba de su partido sino que debía guardar las "manos libres". El "discurso de la confrontación" se modificó parcialmente para tener mayor proyección, y se percibían algunas diferencias entre las propuestas del candidato presidencial y el discurso del hasta poco antes dirigente nacional del PRD. En su discurso de toma de protesta como candidato presidencial, Cuauhtémoc Cárdenas admitió que el remedio a las privatizaciones no es el estatismo y, dejando de lado su oposición pura y simple al PRI, habló de buscar propiciar un mejor equilibrio entre el sector público y el privado, así como de establecer "buenos acuerdos" con Estados Unidos. Al afirmar que la vuelta al pasado es una salida falsa a los problemas del país y una falta de compromiso social, Cárdenas intentaba escapar a la imagen de restaurador de los tiempos pasados. Esa faceta variable de su discurso no fue únicamente el resultado de una nueva concepción de la realidad, sino, sobre todo, una forma de intentar ganar el concurso de los grupos moderados.

¹⁶ Un breve recuento del proceso de selección se encuentra en Juan Reyes del Campillo y Leonardo Valdés, "El PRD: su Congreso y la autodesignación de su candidato", en Leonardo Valdés (coordinador), *Elecciones y partidos políticos en México, 1993*, Departamento de Sociología/CEDE, UAM-I, 1994.

No todo fue moderación y tampoco fue ése el tono de su campaña. Dominaron las otras clientelas, las de los duros. En eso se fundaron, seguramente, algunas afirmaciones reduccionistas. Entre los excesos retóricos del candidato se establecía que en la contienda electoral lo que estaba en juego era la democracia. Iba mas allá: al fundar su reflexión en la siguiente ecuación: democracia = triunfo de Cárdenas = identidad y nacionalidad mexicanas, dejaba poco margen al debate abierto y a la pluralidad de las opiniones. El candidato perredista olvidaba que, en primer lugar, en México el cambio de gobierno no es un eterno recomenzar de la vida política y, en segundo, que la pluralidad, sistema necesario para enriquecer a la democracia, sólo puede desarrollarse en la medida en que los movimientos políticos asuman su compromiso institucional y se reconozcan como fuerzas sociales emergentes, a la vez portadoras y garantes de la pluralidad en construcción.

Puede decirse que la idea de un candidato federador era una táctica electoral afortunada. Pero, a diferencia de 1988, esta vez dio la impresión de ser el resultado de la desastrosa situación del PRD: en su interior no se logró implantar una línea que hiciera del partido una organización liberada de las "sectas". La batalla ahí dentro, en consecuencia, era ruda y desigual. Concepciones de democracia enfrentadas y tradiciones organizativas diferentes (incluida aquella que siempre renegó de los partidos) fueron lo que nutrieron a un conflicto permanente e irresoluble. El problema, sin embargo, no ha sido la presencia de posiciones radicalmente diferentes, sino la inexistencia de una posición mayoritaria pero consensual. No basta con ser mayoritarios, se debe también contar con el consenso de los otros. Eso no existía en el PRD, a lo cual se sumaban problemas relativos a la estrategia política.

b. Una estrategia difusa. Derivado de lo anterior, el partido pagó las consecuencias pues el proyecto se frenó. En esa situación, la campaña presidencial fue un elemento de reunificación interna, pero circunstancial e insuficiente.

La distribución de candidaturas a puestos de elección popular y la definición de la línea del partido fueron los dos grandes tópicos que hicieron aflorar la división que enfrentaba a dos grandes tendencias en el PRD. Una fracción del partido del sol azteca empezó a admitir que la mejor manera de contribuir a la democratización de la vida política nacional es a través del diálogo y el acuerdo en el marco de la ley. Pero esa definición encontró serios obstáculos du-

rante la campaña. La pugna interna tomó la forma de una disputa entre quienes veían en una reforma radical a la legislación electoral el elemento fundamental para garantizar unos comicios limpios, y los que, con Porfirio Muñoz Ledo, consideraban a las reformas en marcha como uno de los aspectos importantes de una estrategia de mayor alcance. Los primeros vieron en los acuerdos con vistas a la reforma del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe) —aprobados por los dirigentes perredistas en 1994— una suerte de mordaza que los limitaría para oponerse a “elecciones fraudulentas”; mientras los segundos estimaban que la posibilidad de garantizar unos comicios limpios pasa, necesariamente, por el diálogo con el gobierno. La primera línea se corresponde con la posición antisistema adoptada por el PRD desde 1989; la segunda se inspiraba en una concepción diferente de la realidad política y de la función del partido. Los seguidores del ingeniero Cárdenas daban prioridad al interés del candidato a la presidencia de la república, mientras los segundos trataban de darle mayor presencia al partido. El conflicto, sin embargo, no era nuevo.

Porfirio Muñoz Ledo, segundo presidente del PRD, heredó una organización en lucha permanente de facciones por el control del partido. Esa batalla se reprodujo también entre su grupo parlamentario. El presidente nacional de esa organización fue encontrando serias dificultades para hacerse respetar por sus amigos. La sombra del ingeniero Cárdenas ha tenido desde el principio un peso decisivo en la vida interna de la organización. Pero las cosas se complicaron con otro tipo de pugnas internas. En sí mismo, la existencia de grupos como Arco Iris, Trisecta y Hebertistas no significaba fractura interna o desventaja para el PRD. Al contrario, su coexistencia civilizada, si fuera el caso, daría cuenta de la pluralidad interna y del delicado equilibrio que le sirve de sostén. Pero no ha sido así. La vida de ese partido carece de la presencia de un líder unificador, no identificado con grupo interno alguno, capaz de mantener una tendencia mayoritaria en torno suyo, pero sin excluir a los demás, es decir, un verdadero árbitro. Aunque al parecer ésta fue siempre la intención de Cárdenas, primer jefe nacional del partido, los resultados demuestran otra cosa. La estrategia de la organización, desde su fundación misma, se centró en torno a un núcleo fuerte, contestatario y muy beligerante: los llamados duros. En el fondo, se han enfrentado dos concepciones de partido.

El enfrentamiento se hizo patente con vistas a la distribución de candidaturas a puestos de elección popular y, casi de inmediato, se

convirtió en un conflicto de autoridad entre el presidente del partido y su candidato a la presidencia de la república. El desacuerdo de Cárdenas con las negociaciones encabezadas por el presidente del PRD tuvo un efecto triple: primero, empañó los acuerdos interpartidistas Por la Paz, la democracia y la justicia (del 27 de enero de 1994), logrados gracias a la intervención del entonces secretario de Gobernación; en segundo lugar, mostró un nuevo y desconcertante viraje en la táctica del ingeniero Cárdenas, quien primero había ejercido todo tipo de presiones para la realización de un periodo extraordinario de sesiones del Congreso, y después lo objetó por estimar insustanciales las reformas electorales acordadas con el aval del presidente de su partido; en tercer lugar, dio la imagen de una organización política carente de una línea de acción definida y clara y con una dirección bicéfala, cuyo gran jefe, el real, era el propio candidato presidencial, que se hizo acompañar de un presidente de partido de representatividad compartida.

Con el fin de aportar una salida al problema, el Consejo Nacional, efectuado a mediados del mes de abril de 1994, quiso operar una síntesis. Se resolvió que el presidente del partido continuara el diálogo con el gobierno y con las demás fuerzas políticas, pero ahora bajo la vigilancia del candidato presidencial. La posición de Porfirio Muñoz Ledo fue parcialmente avalada, pero quedó como un dirigente cuyo margen de acción fue limitado. Lo más importante, sin embargo, fue el respaldo del Consejo a la vía del diálogo político con el gobierno. No obstante, en la práctica se siguieron perfilando dos líneas de acción antagónicas: una, la del presidente del partido y, otra, la del candidato presidencial.

A pesar de los esfuerzos de su dirigente nacional tendientes a conciliar posiciones, el PRD, incluido su candidato presidencial, se desplazó en una doble dirección que daba cuenta de las dificultades de ese partido para definir una estrategia política clara. Al final, la línea antisistema que anticipaba un “desastre”, anunciaba un “fraude descomunal” y presentaba un doble juego o, al menos posturas ambivalentes, no resultó redituable ni para el candidato presidencial ni para su partido. El PRD no logró dar una salida constructiva a sus conflictos. Sus vaivenes, su ambigüedad revestida de radicalismo y sus relaciones con el EZLN lo presentaron como un partido poco fiable.

Las dificultades del PAN y el PRD, a su vez, fueron en cierta forma aprovechadas en la campaña del candidato presidencial del PRI.

Algunos aspectos de la estrategia del PRI

La campaña presidencial del PRI se caracterizó por la puesta en marcha de métodos de diverso tipo, desde los más modernos hasta los más tradicionales. Las elecciones legislativas de 1991 constituyeron, en esta perspectiva, un ensayo muy exitoso. Programas de asistencia social —Pronasol y Procampo—, dirigidos estratégicamente a segmentos sociales en los cuales la presencia del partido del gobierno estaba siendo disputada por la oposición, inyección de recursos financieros considerables y utilización eficaz de la penetración de los medios audiovisuales, conforman un conjunto de medidas de impacto indiscutible. Pero todo ello no debe hacer perder de vista un hecho probado por las elecciones federales de agosto de 1994: cada uno de los tres partidos más importantes —PRI, PAN y PRD— cuenta con un voto duro, de convencidos, bastante sólido. Su implantación social es un hecho admitido. Una revisión global de los resultados de las tres últimas elecciones presidenciales indica cómo la construcción de un sistema pluralista de partidos está en relación directa con el fin del monopolio de la representación política de un sólo partido, el PRI. De un 70.99 por ciento en las elecciones de 1982 (resultado de sumarle los votos del PPS y el PARM), el candidato presidencial del PRI pasó al 50.74 por ciento en 1988, para quedar en 50.18 por ciento en 1994. Lo que este partido ha perdido lo han ganado las fuerzas de oposición y ha posibilitado la alternancia de partidos en el poder, tanto en el nivel municipal como en el de los estados. Desde luego, PAN y PRD no son lo mismo en cuanto a doctrina y estrategia políticas, pero coinciden en su interés por llegar al poder por vías legales y, en consecuencia, por suplantarse a los gobiernos surgidos del PRI. En esta perspectiva, la oposición pasó del 29 por ciento en 1982 (de los cuales, Pablo Emilio Madero, del PAN, tuvo 16 por ciento; Arnoldo Martínez Verdugo, del PSUM, 3.48 por ciento), al 49.64 por ciento en 1988 (Manuel J. Clouthier, por el PAN, 17 por ciento; Cuauhtémoc Cárdenas, por el PMS y otros (el llamado Frente Democrático Nacional, FDN), 30.51 por ciento), para prácticamente alcanzar un 50 por ciento en 1994.¹⁷ El PRI ganó, en efecto, pero va en el camino de convertirse en un partido como los otros.

¹⁷ Los datos oficiales fueron proporcionados por el Centro de Estadística y Documentación Electoral (CEDE), de la UAM-I. En 1994, el PAN obtuvo 26.69 %, el PRD 17.08 % y el PT 2.82 % (todo ello sin contar votos nulos).

El conflicto chiapaneco inspiró una campaña priísta encuadrada en la explotación del sentimiento de seguridad de los ciudadanos. El voto por Ernesto Zedillo se ofrecía como "Un voto por la paz". La idea del cambio propuesta por las fuerzas de oposición, principalmente la del candidato perredista que se revestía de un tono de radicalidad, se asimilaba a inestabilidad y a la amenaza de ruptura institucional. El asesinato del primer candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, reforzó el sentimiento de protección entre muy diversos grupos de ciudadanos, reacción explicable de una ciudadanía pacifista y deseosa de formas legales y civilizadas para dirimir las diferencias políticas. Una participación electoral copiosa fue la respuesta a la amenaza, supuesta o real, de violencia. El replanteamiento conservador de la campaña del segundo candidato presidencial del PRI en el plano del contenido político, tuvo, a final de cuentas, un efecto eficaz.¹⁸

El debate entre los tres candidatos presidenciales de los partidos más importantes (el 12 de mayo) marcó uno de los tiempos fuertes de la campaña. Sin embargo, mostró que la confrontación directa y abierta de programas situaba al candidato del PRI en cierta desventaja, sin que tampoco beneficiara al candidato del PRD. Las habilidades personales de Diego Fernández de Cevallos superaron a los otros dos en la utilización de la televisión. De cualquier modo, la experiencia no se volvió a repetir. En lo sucesivo, imperó la propaganda pagada por el partido o concedida por los propietarios de los medios, siempre en beneficio del candidato del PRI. La influencia de la radio fue igualmente muy importante, pues al igual que la televisión, tienen una presencia social incuestionable. De todo ello resulta que el impacto de los medios audiovisuales de comunicación en favor del candidato del PRI cobra toda su dimensión cuando se hace acompañar de la movilización de recursos públicos y privados. Las deficiencias de su estrategia de campaña y la ausencia de recursos suficientes explican que los candidatos de oposición no hayan recibido la caución resultante de su breve paso por los medios. Si bien los medios de comunicación no deciden quién va a triunfar en las contiendas electorales, cuando se hacen acompañar de un despliegue de recursos en lugares muy empobrecidos y de una estrategia que explota las condiciones políticas y psicológicas de una ciudadanía pacifista, desdoblan una influencia determinante

¹⁸ Una reflexión más completa puede encontrarse en nuestro ensayo "La campaña presidencial del PRI", en *El Cotidiano*, núm. 65, noviembre, 1994.

en el ánimo de los electores ubicados en el segmento crítico, el de los indecisos. Por tanto, voto duro (el de los convencidos), disponibilidad de recursos públicos y privados, adhesión de un alto porcentaje de electores ubicados en el segmento crítico y una buena estrategia de campaña, son algunos de los elementos que explican el éxito del candidato presidencial del PRI.¹⁹

El triunfo del PRI, sin embargo, no puede verse como un fracaso del sistema de partidos. Todo lo contrario: el resultado de las elecciones confirmó el hecho de que la oposición representa alrededor del 50 por ciento del electorado. El PRI no desaparece ni está en vías de extinción, pero el sistema de partidos afirma su nueva configuración. Esta nueva realidad es correlativa a otros fenómenos: los partidos tratan de adaptarse a las nuevas condiciones de la competencia, las formas de hacer política se han ido modificando y la manera de gobernar el país se va transformando paulatinamente.

Una campaña desarrollada en condiciones de inequidad, pero que significó un avance con respecto a la descalificación pura y simple de procesos electorales anteriores; partidos de oposición (PAN y PRD) sin capacidad de definir una estrategia de conquista del poder más puntual y coherente, pero que tienen una muy buena implantación social y se han convertido en grandes referentes políticos; un PRI cuyos problemas provienen de su falta de autonomía con respecto al gobierno y de sus métodos internos de autoridad, pero que desarrolló una campaña presidencial finalmente exitosa, son algunos de los rasgos distintivos del proceso electoral y la lucha de partidos en 1994, un año de alto riesgo político.

Bibliografía

AA.VV., *Sucesión presidencial y transición democrática*, Rayuela Editores, 1993.

Aguilar Zinser, Adolfo, *Vamos a ganar. La pugna de Cuauhtémoc Cárdenas por el poder*, México, Océano, 1995.

¹⁹ *Idem*. En todo lo referente a partidos, la sección "Al cierre", de Rolando Cordera y José Woldenberg, del *Cuaderno de Nexos*, resulta de mucha utilidad. La obra colectiva coordinada por Pablo Pascual M., *Las elecciones de 1994*, México, Cal y Arena, 1995, contiene reflexiones colectivas y particulares necesarias para la mejor comprensión de los temas abordados. Con preocupaciones paralelas, *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, Miguel A. Porrúa-FLACSO, 1995, obra colectiva, ofrece un mosaico analítico enriquecedor. Ambas obras abordan los temas referidos desde ópticas complementarias a la nuestra.

- Campañas electorales*, Boletín del Centro de Estudios sobre Gobernabilidad, Edición Especial, octubre 1993, marzo 1994 y abril-junio 1994.
- Cordera, Rolando y Woldenberg, José, sección "Al cierre", *Cuaderno de Nexos*, 1994.
- Crespo, José Antonio, *Urnas de pandora. Partidos políticos y elecciones en el gobierno de Salinas*, México, Espasa/CIDE, 1995.
- El Cotidiano*, núm. 65, noviembre, 1994.
- Ernesto Zedillo. *Opinión, doctrina*, editado por *El Día*, México, 1994.
- Examen*, núm. 60 y 64, septiembre de 1994.
- Ideologies, partis politiques et groupes sociaux*, Etudes réunies par Yves Mény pour Georges Lavau, París, PENSF, 1989.
- Pascual Moncayo, Pablo (coordinador), *Las elecciones de 1994*, México, Cal y Arena, 1995.
- Panebianco, Angelo, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.
- Pérez Fernández del C., Germán, Alvarado A., Sánchez A. (coordinadores), *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, Miguel A. Porrúa-FLACSO, 1995.
- Plataformas electorales federales 1994*, México, IFE, 1994.
- Valdés, Leonardo (coordinador), *Elecciones y partidos políticos en México, 1993*, México, Departamento de Sociología/CEDE, UAM-I, 1994.